

BUSCANDO A ANA

Alicia Peressutti

BUSCANDO ANA

Alicia Peressutti

Se permite la utilización total o parcial del texto siempre y cuando se mencione el nombre de la obra y de la autora.

• Edición Enero 2008 / Autor - Editor

Villa Nueva, Pcia de Córdoba

Corrección: Lic. Ana Lía Fiora

Montaje Tapa y foto interior: J. O. Picatto

ISBN: 978-987-05-4014-4

Impresión / EdicionesCC, Villa Nueva (Cba.)

Hecho depósito que prevé la ley 11,723

IMPRESO EN ARGENTINA

Catalogación:

1.Narrativa 2. Novela I. Título

CDD A863

En memoria de mi padre y abuela por sus enseñanzas

Dedicado a:

las Hermanas Adoratrices

y a todas las personas que trabajan en forma voluntaria
por los demás.

Agradecimiento a:

Omar (mi compañero),

Gino, Bruno, Piero, Yaco (mis hijos),

Mery (mi ahijada)

y mamá.

PRÓLOGO

Cuando terminé de leer “Buscando a Ana” sentí que no estaba frente a un cuento o una novela, sino que esas líneas son una denuncia escrita con dolor. Al llegar al final quedé ante una realidad desconocida, pero viva y dolorosa.

Puedo pensar en esos lugares de citas que, en un momento de la vida de los hombres, suelen ser motivo de bromas y hasta de visitas, para luego contar la anécdota de cómo “convencimos a” o “jugamos con las chicas del lugar”.

“Buscando a Ana” nos hace ver que no hay juego en esa forma de vida, sino una nueva manera de esclavitud o de campo de concentración, en donde los derechos y la humanidad no tienen el más mínimo sentido. Quedé asombrado de cómo existen telarañas malignas, casi demoníacas, que atrapan a seres humanos para no dejarlos ir, sino hasta destruirlos en su alma, en su mente y en su cuerpo.

Solamente pienso en cuantas ocasiones hemos sido de alguna u otra forma partícipes directos o indirectos en mantener vivo a ese infierno.

Luego de la lectura de esta obra (tomada de la vida real) podemos discurrir sobre su estilo y su valor literario, pero no puedo pensar que la visión con la cual vemos la vida seguirá siendo la misma.

Alejandro López

Se secó las lágrimas con el puño almidonado, que al instante dejó de ser inmaculadamente blanco para presentar un color grisáceo, se quedó en si misma unos segundos antes de confiar que nadie lo notaría. Se acomodó el pantalón, tomó el tiempo suficiente para hacer una radiografía de su corporalidad, analizó su aspecto que estaba acorde a la ocasión. No pudo continuar con la tarea por los bocinazos ensordecedores de un chofer enloquecido por el embotellamiento de la hora pico. Cruzó como pudo la inmensidad de la avenida, a los empujones, entre la jauría de peatones que se apuraban unos a otros en un intento desenfrenado por ganarle al tiempo. Apenas se sostuvo en pie sobreviviendo a la horda enfurecida, se preguntó donde quedaban los indicios de humanidad en momentos como éstos pero se apresuró a desviar los pensamientos, no debía distraerse si quería seguir con los propósitos.

CAPÍTULO 1

Se detuvo en seco frente a la majestuosidad de la puerta de doble hoja y tuvo que esforzarse en demasía para contener el llanto ante el cartel inmenso, desbordante de significantes y significados. Quizo huir, marcharse cuanto antes, pensar que la realidad era sólo una fantasía y las cosas no estaban sucediendo, que su mente le estaba armando una mala jugada... Y entonces recordó, recordó a la Hermana Margarita susurrándole al oído cuando ella se estaba dando definitivamente por vencida:

- ¡Eva, tienes que ir...! ¡Te están esperando...! Es nuestra posibilidad de terminar con este calvario... Ya no llores mujer, ellos van a ayudarnos, nos van a guiar entre tanta oscuridad... ¡ No llores más que el camino que nos falta es difícil y no te van a alcanzar las lágrimas si las derramas todas ahora !

Evocó el olor a primavera que despedía el algodón del hábito, aroma a suavizante, a ropa cuidada, tratada con esmero y sintió en su desvencijada esencia la calidez del abrazo, el cariño sincero de la viejita humedeciéndole los huesos, alimentándole la sangre. Y continuó, no podía defraudarla ahogándose en el mar de la desesperación, al menos no aún...

La sobresaltó el sonido del timbre, la ubicó en la realidad, justo a tiempo para responderle a una rubia bonita que la invitaba a pasar y a tomar asiento mientras esperaba ser atendida. La rubia bonita le sirvió café y a pesar de su campamento de desgracias pudo reír para sí porque era una de esas pocas veces en su existencialidad que alguien se tomaba el trabajo de servirle. Se quedó pensando en lo impredecible e incomprensible de la vida donde las cosas sucedían al revés, o al menos era lo que a ella le había tocado en suerte, aunque la Hermana Margarita siempre le profetizaba:

- Eva... Podemos y debemos cambiar nuestro destino, cuando tenemos la oportunidad rápido hay que cambiarse de colectivo.

Nunca contestaba, prefería guardar para sí sus toneladas de pensamientos porque no quería por nada del mundo contradecir a la monjita que le dispensaba tanto afecto en forma desinteresada, cuestión ésta difícil para ella acostumbrada a un mundo de relaciones donde cada ser humano tenía un valor asignado.

Estaba convencida, más allá del convencimiento, que los habitantes del planeta se dividían en dos grandes grupos, los que nacían con estrella, es decir con la suma de bendiciones de los astros celestiales, y los otros, los estrellados, para llamar de alguna manera a aquellos cuya vida estaba signada por obstáculos, dificultades diversas y ella por un capricho cruel del destino, estaba sin lugar a dudas entre los últimos.

La realidad en su totalidad se le cayó encima cuando la rubia bonita le susurró:

- Señora, el Señor Fernández la espera en su oficina al final del pasillo . Le va a ser fácil ubicarla porque está numerada con el seis...

Se levantó a ciegas, sin poder disimular la suma de ansiedades que le agrietaban las venas para escapar por sus poros resecos de fríos. Se acomodó como pudo el conjunto de huesos para encaminarse hacia el final de su recorrido, porque ésta era su última parada, el punto de las definiciones, después solo quedaba abandonarse a la tristeza eterna.

Lo vio más alto de lo que en realidad era, con su figura imponente recortó el espacio reducido de la salita enmarcado en un traje azul marino que calzaba a la perfección acentuando su piel de nieve. Le sorprendió la corbata en tonos de colorado con las letras acomodadas para armar la frase del cartel y la seguridad del hombre adueñándose del lugar con sus gestos. Por unos instantes se quedó en blanco, dispuesta a almacenar todas las palabras que él pronunciara, sabía a ciencia cierta que iban a dolerle, sobre todo cuando la nombrara...

- Señora disculpe, pero preferiría decirle Eva, si usted por supuesto está de acuerdo. La organización me ha asignado su caso por lo cual voy a tener que molestarla para que me cuente su historia.

Sólo conozco algunos datos aislados e insuficientes para trabajar...

Para ayudarla necesito que me cuente, que me relate todo, desde el principio, que me hable de Ana...

Ana...Ana...Ana, corriendo por los rincones de la casa, llenando los huecos de las paredes con la música de sus risas, siempre apurada, con sus cabellos renegridos a medio peinar y sus ojos de carbón encendiendo la vida a su paso. Ana jugando a las escondidas con las dificultades hecha un bollo debajo de la cama hasta que los huracanes de problemas pasaran, hasta que un sol de esperanzas iluminara y le aclaraba los ojos de carbón, señal de que podía correr nuevamente por el perímetro de la casa.

- ¡Ana, no corras...! ¡ Se te va a gastar la vida más rápido!. El combustible del corazón se termina antes cuando uno se apura tanto...

- No importa mamá, no jodás con esas cosas que el tiempo no me alcanza para jugar...

- Pero hija escúchame, si vas más tranquila disfrutás más cada juego...

- ¡Mamá! ¡Yo disfruto corriendo, a mi me gusta ir rápido!

Ana se despidió dejando ese olor a mazamorra caliente en las mejillas, endulzó las paredes de la casa con su sonrisa de dulce de leche, llenando todas las necesidades juntas de su existencialidad a cada paso, con cada asombro dibujado en su carita de caramelo...

- Eva... cuénteme de Ana, dígame lo que pueda, arme la historia lo mejor que pueda, es la única manera de comenzar nuestro trabajo...

Hablar de Ana, contarle, decirle, le costaba la vida entera y no podía hacerlo sin comenzar desde el principio o al menos desde donde empezaban sus recuerdos. Debía contarle de sus cuatro años en la piel, cuando quedó huérfana de una madre que murió sin despedirse, la

dejó a la intemperie, bajo las alas de un padre que amaba más el alcohol que a ella y que se comunicaba a los golpes, como aquella vez cuando cumplió siete añitos y se presentó ante él con el vestidito celeste ensangrentado porque su primo de diecisiete le había hecho daño en el cuerpo y estrujado el alma y en vez de consolarla le molió la espalda a palos, para que escarmentara y aprendiera a no mentir, a no quejarse. No tenía muchos recuerdos de su padre, pero los relacionados con su mascota, un corderito hecho vellones que había criado desde muy chiquito, los tenía grabado a fuego. Era una tardecita de otoño, cuando el sol corría a ocultarse temprano en su escondite del horizonte, dejó que una noche temprana y limpia se apoderara de la bóveda celeste y ella que llegó a casa apurada por temor a ser reprendida por el horario, no escuchó el balar de su corderito que siempre la esperaba con unos berridos de capricho. Con la prisa no se percató que el fuego estaba encendido y sobre la parrilla algo se estaba dorando, mientras su padre y sus compañeros de embriaguez vociferaban bromas horribles.

Comprendió todo en un instante, sin necesitar explicaciones de la situación. Sus diez añitos eran pocos para enfrentarlos, no le alcanzaban para pararse ante tanta maldad y tuvo que llorar a escondidas, ahogándose en el dolor por el temor de ser descubierta con lágrimas en los ojos.

Se pasó los años dorados que para ella tuvieron un tinte grisáceo, sobreviviendo a borracheras y palizas, creyendo que vivir contenía esos significados, al menos era la realidad que se le caía encima a diario, de la cual tenía que despegarse para asomar y respirar una pizca de aire puro...

- ¿Gusta un cigarrillo? Le puedo ofrecer unos rubios importados espectaculares...

Las palabras de Fernández le sonaron lejos, adentradas en el espacio, con la dificultad de decodificarlas porque la estaban trayendo al presente. Se quedó mirándolo sin responder hasta que casi por instinto o tal vez por que estaba acostumbrada a no contradecir a un hombre le aceptó la oferta. Se quedó pensando en que distinta hubiera sido su vida si un Fernández la habría robado para arrancarla de sus miserias, en otros tiempos, en aquellos de

la juventud cuando las inclemencias de la edad y de los fríos pasados de pie esperando algún cliente, aún no la habían hollado tanto, y los huesos tendían a enderezarse solos, armando una humanidad aún interesante. No había aprendido a mentirse y se daba cuenta de sólo tocarse que sus contornos levitaban en un abismo de tristezas que le habían reseca la piel, ajándola en miles de surcos sin vida. Tal vez no eran tantos los años como la cantidad de sufrimientos acumulados todos juntos en el perímetro de su organismo, se le habían escapado las alegrías, las esperanzas, pero las tristezas habían anidado en lo hondo para no desprenderse de su finitud, tejiendo redes en los huecos del corazón para no dejar entrar los momentos lindos, los que podían llenarla de vida.

- Siga Eva, por favor siga con el relato. Yo sé cuan doloroso debe ser para usted, pero es la única manera que tenemos para proceder y seguir...

Su vida fue igual, repetitiva, cada día copia fiel del anterior hasta Cacho.

Cacho, el gran y omnipotente Cacho, lo más parecido a Dios que ella había conocido. Apareció de la nada en una tardecita gris de otoño, montado en una moto negra como la noche, tan renegrida como su alma y con unos anteojos a la moda que lo transformaban en un galán de telenovela, con su porte de tipo interesante, aire despreocupado y casual. Le bastaron unos segundos para que su presencia se le metiera por las fibras de sus venas y le llenara las cavidades del espíritu, su humanidad ni atinó a resistirse a la situación, si alguien le hubiera leído las manos le hubiera profetizado que nunca más podría desprenderse de esa presencia hecha carne, por los siglos de los siglos...

Cacho, con su cabello castaño bailando al compás del viento de la tarde y sus ojos verdes aceituna capaces de atravesar el concreto de las paredes. Cacho, con la piel de olivares en flor, dejando a su paso el aroma a frescura, a silencios de montañas, con la voz que debía haber hurtado a un ángel caído de las eternidades a este mundo tan terrenal.

Cacho la ignoró o al menos ese fue el mensaje que intentaba transmitir. Sólo la miró, penetrándole todos los interiores juntos, para preguntarle por su padre. Se sentó a esperar al hombre, apoltronado en una silla desvencijada que gemía a cada movimiento, encendió

cigarro tras cigarro llenando de colillas el piso de la cocinita. Con el consumido prendía el siguiente y así sucesivamente por un tiempo infinito hasta que volvió a mirarla para expresar:

- Che, y...¿vos que edad tenés?...

Nunca se apresuró tanto en responder, el catorce le salió tan susurrado que tuvo que repetirlo para que lo entendiera, justo a tiempo para observar a su padre parado en la puerta de entrada, con ese olor a embriaguez que se había perpretado en cada rincón de la casa, haciéndose parte de la cotidianeidad. Luego de un saludo fugaz como la estela de los cometas, su padre la mandó de los vecinos para conversar tranquilos “temas de hombres”. Más adelante en los años aprendería que los “temas de hombres” casi siempre se refieren al destino de las mujeres por muy contradictorio que ello pareciera. Los dejó solos por horas temiendo volver a destiempo, pero podía merecerse una paliza sino lo hacía. Entonces entró a la casa con una sonrisa a medio dibujar, sin saber si era adecuada para la ocasión, aunque se quedó con la seriedad a medio traer cuando vio a Cacho pagarle a su padre con unos billetes de los grandes. Nunca había visto semejante pila de dinero, esa imagen no figuraba en el conjunto de formas y figuras grabadas en su mente y le dio mala espina, aunque no pudiera explicar con lógica los porque de esas sensaciones. Al verla su padre le dirigió la mirada más tierna de su existir, al menos la única de la que tenía registro, para agregarle:

- Hija, este Señor te va a dar trabajo, así que vas a irte con él por un tiempo...ya tenés edad para buscarte un porvenir...

No entendió demasiado las explicaciones pero la posibilidad de preguntar no figuraba en sus permisos así que sin miramientos comenzó a armar su equipaje. No eran muchas las posesiones, a punto tal que cabían entre las paredes desvencijadas de un baúl al cual la humedad le había abierto heridas de muerte, pero era de su madre, entonces representaba en sí mismo la idea de su presencia, aunque solo fuera ilusión. Acomodó unas pocas pilchas

de su pertenecer en dos bolsas -de esas de las tiendas- y montó junto a Cacho la moto negra como la noche, levantó la mano apenas para despedirse de su padre, al que nunca volvió a ver. Se aferró a la cintura de Cacho con todas las emociones juntas emergiendo de la piel, aunque se las fue tragando una a una, desbordándole los sentimientos por doquier, mientras contenía las ganas de huir no sabía adonde.

- Eva, discúlpeme que la interrumpa pero... ¿Por qué no comemos algo?... Mire, la Organización me asigna un presupuesto para viáticos por eso, deje que la invite a almorzar. En frente han abierto un local donde se come bastante bien...

Se levantó sin dudar, esperó que Fernández la alcanzara en el pasillo y salió lentamente lo que le permitió observar el rostro de la rubia bonita ante el anuncio de su jefe.

Le sorprendió la naturalidad de sus gestos, como si estuviera acostumbrada a esas situaciones. Caminaron en silencio, mientras pensaba a mil cómo en sus años dorados un Fernández no se había enamorado de ella, las cosas seguramente hubieran resultado diferentes y Ana... Ana estaría con ella...

- ¿Qué va a ordenar Eva? Si me permite puedo ordenar por los dos... Preparan unos lomos al plato que son una exquisitez...

Fernández se ocupó del pedido, dejándole espacios para observar el lugar. Estaba acostumbrada a no levantar la mirada, lo había aprendido de Cacho sudando sangre y respirando fuego. Le pareció encantador, ambientado en tonos tierra, con algunos objetos rústicos definiendo el estilo y algunos cuadros temáticos que hacían de las paredes un paisaje particular. Se respiraba en el aire esa mezcla de olores entre café y comedor, tal vez porque las funciones convivían en la arquitectura...

- Eva, hábleme, cuénteme de Cacho, así de a poco juntamos las piezas para ir armando el rompecabezas... me estaba relatando el episodio en que se fue en la moto con él...

La moto, la moto negra como el alma de Cacho, los llevó por una ruta desconocida , infestada de camiones de carga, tambaleando en los zigzag permanentes para adelantarse a los monstruos del transporte. El trayecto tildado de eternidades se prolongó por más de tres horas, durante el cual sólo se detuvieron en un par de oportunidades para que Cacho encendiera unos cigarrillos y ella se calzara una camperita rosa porque las humedades de la noche en flor le sacudían los huesos en un permanente tiritar. Nunca supo si Cacho paró por un dejo de compasión o simplemente para no escuchar más el tintineo de su esqueleto sacudido por el frescor. Le dejó de temblar el cuerpo pero a medida que transcurrían los minutos el espíritu se le estaba helando más, llegando casi al punto de congelación interior, momento en el cual la moto se detuvo de manera definitiva.

El destino final consistía en una casa envejecida, con el frente destartado por vientos y lluvias, iluminado por algunos focos rojo sangre uno al lado del otro. Se apresuraron a entrar por una puerta lateral en las mismas condiciones al resto de la propiedad que gemía antes de tocarla. En segundos se encontraron con un espacio a medio iluminar donde las luces y las sombras danzaban a un mismo compás haciendo de la atmósfera un halo envolvente por donde circulaban mujeres a medio vestir y hombres ebrios en su casi totalidad. Un clima de festejos que ella desconocía hasta el momento y Cacho, que sin soltarle la muñeca se encaminó arrastrándola hacia una mujer con el cabello de fuego y las inclemencias de los años huellándole el rostro, tal vez tenía menos edad de la aparente, como si la suma de los sufrimientos se hubiera ensañado con su persona. Con los años aprendió que el dolor se arraiga en algunos parasitando su existencialidad y transforma hasta el más mínimo gesto en la expresión de su presencia. Se quedó observando la contradicción entre los cabellos colorados llenos de pasión y la estructura semi encorvada denotando un cansancio infinito, como si sus huesos le pesaran el doble. La mujer nunca dejó de mirar a Cacho y ante una señal suya inició el paso para cruzarse con él. Con un tono tranquilo pero igual de dueño y señor le objetó:

- Lucía, hacete cargo de ella, tiene que aprender el oficio y fijate que la otras no me la aporreen, que la mercancía dañada no vale nada... vos sabés como es esto...

La mujer la tomó de la mano y la condujo por un pasillo, medio forzándola porque del susto le costaba reaccionar en las multitudes.

El pasillo comunicaba varios cuartuchos de mala muerte apenas iluminados donde las penumbras y la luz se entremezclaban para ocultar a los residentes que parecían todos iguales. Se detuvo en seco porque desde las sombras brotaban unos quejidos lastimeros que helaban la sangre. Las piernas se le aflojaron y casi no pudo sostenerse cuando vio que en un rincón de humedad había una mujer hecha un ovillo de desgracias, desnuda, con moretones en toda su superficie acusando la fiera paliza recibida. Lucía ante el espectáculo se apuró a sentenciar:

- Pasa que cada vez que tiene la regla no quiere laburar porque dice que le duele... Ahora fijate que le deben doler más los palos de Cacho...

En ese momento se hubiera muerto con ganas, porque fue cuando la realidad de lo que estaba sucediendo se le cayó encima, sintió que nunca podría escapar de las garras de Cacho. Cacho que en esa noche maldita le había pagado a su padre, selló para siempre su destino de calvarios, adueñándose de su vida a cambio de unos billetes sucios y malhabidos.

Fernández se apresuró a ordenar dos cafés, tal vez para disimular los lagrimones que se estaban asomando a los costados de sus ojos castaños, la hombría lo estaba traicionando, dejó entrever detrás de la coraza un ser sensible a las circunstancias. Por unos instantes se quedó en la idea de lo diferente que hubiera sido si un Fernández la hubiera robado una noche a las garras del destino, entonces cabría la remota posibilidad que la realidad no estuviera empapada de tanta oscuridad con sabor a desgracias...

- Disculpe Eva, si parezco distraído, no piense que no la estoy escuchando, es sólo que su historia me conmueve de tal manera que me quedo sin palabras ...Yo entiendo que el relato la lleva a revivir los hechos pero necesitamos saber para armar el expediente, para comenzar a trabajar...

Después de terminar los cafés, de común acuerdo decidieron volver a la oficina. Fernández quizás porque tenía allí sus elementos de trabajo y ella porque si se desbordaba no quería hacerlo en público.

Caminaron despacio, sin prisas, ella detrás de Fernández por momentos, acostumbrada a seguir a los hombres lo hacía de manera automática, obediente por entrenamiento. Al cruzar la calle quedó impactada por el escaso tráfico, tal vez se debía a que la gente hacía unas horas que había retornado a sus hogares. Conocía poco y nada de los ritmos y del latir de la vida de los demás, nunca le estuvo permitido salir sin compañía y cuando iba de compras, lo hacía apretando los tacones sobre las baldosas para apurar el paso, siempre con temor a que algo pudiera salirse de su curso y Cacho se enojara, era tanta la presión sobre su respiración que no se daba el lujo de ver nada con tranquilidad. Comprar era un acto automático, donde elegir era cuestión de segundos y medirse eran unos instantes más de tiempo agregado....

La rubia bonita al pasar frente al escritorio los saludó con la cortesía de costumbre, les preguntó si necesitaban algo, a lo que Fernández le respondió con un gesto de negación sin dejar de caminar hacia su oficina.

Fernández se acomodó en su asiento dispuesto a escuchar.

- Eva, ¿qué pasó después?... por favor cuéntemelo con confianza...

Después, después era peor que antes, pero no tan grave como más adelante, así se caracterizaba su vida donde la curva de desgracias iba en aumento... Después Lucía la hizo bañar, le dejó una pollerita mini y un top para ponerse, hablándole mientras le ayudaba a vestirse, profetizándole que desconfiara de todos y cada uno, que en el ambiente de la noche no había amigos ni piedad, que todas las relaciones eran mentiras...

- Pintate un poco que a Cacho le gustan los labios bien rojos... No temblés tanto que mientras no se enoje todo va a estar bien...

Entonces la empujó suavemente hacia el centro del lugar donde el movimiento era constante, hombres de todas las edades entraban y salían, algunos vestidos con clase denotaban una condición social alta, otros modestamente ataviados pero unidos por las risotadas y bromas grotescas con las cuales parecían divertirse, desinhibidos, festejantes, con un aire a los amigos de su padre cuando se juntaban a beber y decir cosas que nunca hubieran pronunciado sobrios.

Cacho la miró desnudándola con el brillo de sus ojos verdes, como si en ese momento hubiera descubierto su existencia y se acercó a pasos agigantados, temiendo que alguien osara robarle la presa. La tomó del brazo y la empujó al interior de un cuartucho donde comenzó a besarla en la boca, en el cuello, mientras le susurraba algunas palabras para calmarla, en un santiamén se bajó el cierre del pantalón y aún con el pantalón a media pierna la desvistió de prisa, a los apurones, sin que ella comprendiera demasiado. Ella lloraba, lloraba y temblaba pensando en su padre, si se enteraba la castigaría por las lágrimas pero tenía tanto miedo que no podía contenerlas en el estuche del lagrimal. El no dio tantos rodeos, ni demasiadas vueltas para penetrarla... No sabía que le dolía más, el cuerpo por la violencia del acto o el alma por sentir que había hecho algo sucio, aunque en realidad no le habían quedado alternativas.

Mientras se vestía a los apurones, Cacho le ordenó:

- Decile a Lucía que te enseñe a trabajar, acá hay que ganarse la comida, la que no trabaja no come, es bien simple...

Y se fue, dejándola sola y perdida, con unas ganas irrefrenables de morirse y con una tristeza que ya nunca se despegaría de sus huesos, donde anidó para empollar dolores, nada ni nadie podría taponarle el agujero que le quedó esa noche en el centro del alma.

Fernández miró de reojo el reloj, en el fondo no necesitaba decirle lo tarde que era, pero permaneció callada esperando que él hablara...

- Eva, disculpe , pero se nos ha hecho tarde, tengo que pedirle que continuemos mañana a la misma hora de hoy, se que es difícil pero no vamos a rendirnos ¿verdad?... el animarse a venir ha sido un avance muy grande... La espero.

Al acercarse para darle la mano, pudo observar que él tenía los ojos apretando lágrimas y cerró la puerta tras de sí, avanzó lentamente, convencida que ahora él se animaría a desplomarse.

Seguramente Fernández debía mantener la postura ante su presencia, sobre todo porque su trabajo consistía en ser lo más objetivo posible, además los hombres que había conocido difícilmente denotaban emociones, sensible y débil para el ambiente de la noche eran sinónimos.

Apuró un poco el andar, no quería que la oscuridad la atrapara en la calle, además la Hermana Margarita la estaría esperando con la sopa en el fuego y si a la monjita se le ocurría ponerse a leer, lo más probable es que la comida tuviera un sabor ahumado. Después de lo que pasó con Ana, Margarita no la dejaba ni a sol ni a sombra... Ana, la dulce Ana, que nació en una noche de fantasmas, en agosto, morada, demasiado menuda pero con los ojos abiertos alumbrando como faroles los contornos de la habitación del hospital. El alumbramiento se adelantó porque no pudo dejar de trabajar, Cacho no se lo permitió, aún sabiendo a ciencia cierta que el embarazo era suyo...Que en el vientre llevaba su semilla.

- ¡Quién no trabaja no come! Y vos Eva... Tenés que trabajar el doble porque comés por dos...

Cacho no sabía de piedades ni de afectos y había sido una tonta al pensar que un hijo le podría endulzar el alma con la miel de la alegría.

Cacho no tenía alma, ya no...

Ana, la dulce Ana, que pintó mariposas en su cara, dando significado a su vida tan miserable, se transformó en el motor que impulsaba cada movimiento, cada paso. Empezó a vivir para Ana.

Cacho se dio cuenta de su adoración hacia la niña y comenzó a manipularla, a meterle amenazas cuando se quejaba del cansancio...

- Eva, no me hagas enojar, o trabajas el doble o la niña no come...

Para Cacho, Ana no era hija, sólo era una herramienta más.

Cuando la mandaban a otra casa para un intercambio, Lucía se encargaba de la niña, la pobre estaba tan vieja que se le asignaban ese tipo de tareas. Ana la adoraba, con ella dio sus primeros pasos, balbuceó las primeras palabras. Cada nuevo traslado le era más difícil pero se consolaba pensando que Lucía y Ana habían construido un vínculo especial, invisible a los ojos del resto, lo que le permitía a la pequeña crecer con alegrías entre las redes de tantas miserias.

Llegó al cuarto que le habían alquilado las Hermanas cuando pasó lo de Ana y ella no tenía donde alojarse. Empujó la puerta despacio, percibió el aroma a sopa, el mismo que venía imaginando.

Margarita la esperaba, con su humanidad desparramada en una silla totalmente desvencijada, con las cuentas del rosario en las manos, nadie necesitaba decirle que estaba rezando por ella y Ana. Estaba segura que la Hermana rezaba varios rosarios al día y tal vez el sacrificio de la viejita daba sus frutos, tal vez era lo único que le impedía sentarse a morir de pena, a terminar con su calvario.

- Eva, mujer ¿Cómo te ha ido? Dime, dime como te han tratado mientras tomas una sopa humeante y unas tostadas con manteca...

Cenó en silencio, necesitando un tiempo para ordenar las ideas, después comenzó a relatar con lujo de detalles el encuentro con Fernández, su interés, su cortesía puesta en acto y la cita para continuar al día siguiente.

Se acostó enseguida, más cansada que de costumbre aunque hacía años que se había acostumbrado al cansancio, a dormir poco, a estar una eternidad de pie, esperando que algún cliente requiriera sus servicios y pagara por ella .

Soñó con Ana, siempre lo hacía y siempre despertaba sobresaltada porque todas las pesadillas se parecían ... Ana riendo, Ana corriendo y ella tratando de alcanzarla, intentando acortar las distancias para tocarla y cuando casi lo lograba, Ana apuraba la carrera, cada vez más rápido para luego perderse en una oscuridad más negra que la negrura misma que infundía horror, horror y llanto.

Despertaba desesperada, hecha agua con cada poro transpirando y con las lágrimas haciendo mar. Margarita que la escuchaba se acercaba a consolarla, aunque la situación no tenía consuelo, al menos la sostenía su compañía, le daba esperanzas.

CAPÍTULO 2

Arrancó temprano, repitiendo el recorrido del día anterior y cuando la rubia bonita le abrió la puerta de dos hojas, con la misma sonrisa de mejilla a mejilla, sonrió para sus adentros, después de todo, ella no era la única mujer entrenada y obediente.

Fernández la esperaba en la misma oficina, con la única diferencia que calzaba un traje gris acerado, corbata al tono con las inscripciones del cartel de la Organización por lo que dedujo que la corbata debía constituir en sí un distintivo obligatorio de usar. Luego de saludarla con la amabilidad característica, Fernández le anticipó:

- Me alegro mucho de verla y quiero que sepa que soy honesto al pronunciar estas palabras. Queremos ayudarla... pero para eso me tiene que contar todo con lujo de detalles, estos

últimos son los que cuentan, lugares, nombres... cada pieza es fundamental para armar el rompecabezas de la situación... siga Eva, siga por favor...

Con el correr de los años Cacho se había tornado cada vez más inconformable y por más que ella y las otras mujeres trabajaran atendiendo cliente tras cliente, el dinero nunca le alcanzaba. Además su agresividad era permanente.

- La guita no me alcanza ¡ Lo que pasa es que se cebaron y ahora laburan menos! Pero si no trabajan no viven....

Y una cosa era cierta, cuando el dinero no era suficiente para drogas, nadie podía vivir en la casa, hasta respirar estaba prohibido porque podía enloquecerlo el más mínimo soplo. Pasó de un consumo moderado de marihuana a la inhalación diaria de crack, había llegado a un estado de locura e inestabilidad que explotaba en cualquier momento. Cuando el enfurecimiento le duraba unos días, seguro que trasladaba a alguna de las mujeres a otra casa de trabajo, a veces hasta Brasil, otras a Perú, dependía de la demanda del momento. Conectado en forma permanente con otros cafiolos, en pocos días organizaba un viaje que podía durar unos pocos meses o un año entero, dependía de la buena voluntad de Cacho que por cierto esta era una virtud muy poco frecuente en su persona.

Pasó una vez que en uno de esos tantos ataques de furia, se las tomó con Alejandra, una fueguina que había llegado a la capital en busca de trabajo y que por necesidad y una mala jugada del destino cayó en sus manos.

Alejandra, con su piel tornasolada, sus cabellos rojo fuego haciendo honor a su provincia de origen y unos ojos almendra que tenían la extraña capacidad de mirar el alma, de escrudiñar en lo profundo hasta encontrar la esencia. La única vez que le fallaron fue con Cacho cuando no pudieron ver al monstruo que se escondía en una corporalidad tan bella, porque Cacho era bello, razón que lo favorecía para atrapar mujeres como moscas en la miel.

Alejandra, indomable, jamás obedecía órdenes, lo que le valía todas las palizas juntas, con las cuales su temperamento se avivaba en vez de doblarse. Siempre se las arreglaba para producir en Cacho una explosión nuclear aunque después le costara la espalda rota, como en cierta ocasión que de tantos golpes le rompió tres costillas. Pero la fueguina siguió adelante como si nada, apegada a algún recuerdo de sus buenos tiempos y a una imagen de San José que le había regalado su madre. La guardaba como el tesoro más preciado y en cada amanecer en el trámite acostumbrado de prepararse para descansar después de una noche de trabajo, cubría a la imagen con cientos de besos, rogando por su familia tan lejana.

Cacho ensañado con ella, una noche fuera de sí comenzó a saquear sus cosas, ropa, elementos de tocador, todo volaba por el aire quebrando el silencio en mil pedazos, hasta que encontró la imagen y como adivinó su valor, se ensañó con el santo partiéndolo en pedacitos milimétricos, intentando de esa forma destruir la fortaleza de la joven.

Alejandra lo maldijo, lo maldijo hasta el hartazgo y no calló los insultos aún cuando él la tironeaba de sus cabellos de fuego.

- ¡Me vas a obedecer, puta de mierda, sino te voy a matar como una perra!...

Y si no la mató fue porque la única debilidad mortal que se le conoció a Cacho fue la cárcel, prefería ser asesinado antes de ir a prisión, tal vez por su adicción a las drogas o porque en ese lugar no podría aprovecharse de los más débiles. El traslado de Alejandra era inminente, por todos los rincones de la casa flotaba el rumor rancio que Cacho se había conectado con una casa de San Pablo, equivalente al infierno, donde las chicas trabajaban hasta tres días continuados, sostenidas por cócteles de alcohol, palos y algunos que otros psico-fármacos extras. El solo mencionar el nombre de San Pablo horrorizaba a la mayoría, se tejían muchas historias relacionadas con el lugar, demasiadas muertes sin resolver, en un punto geográfico donde la vida de una prostituta valía menos que un viaje en crucero y casi todos los crímenes quedaban sin encontrar al culpable...

Alejandra sospechó desde un principio que el viaje era sin retorno, lo intuyó de tal manera que se despidió de cada una en particular y le encargó a ella una carta para sus padres...

Se sobresaltó cuando Fernández se levantó de la silla, quizás porque en el transcurso de los relatos se compenetraba de manera tal que revivía cada acontecimiento, cerrando los ojos para no omitir detalles, por momentos olvidaba la presencia de Fernández.

- Mire Eva, me interesa mucho la conexión con las otras casas, tal vez podamos elaborar juntos un mapa de rutas que nos de pistas...

Pistas para Ana, la dulce Ana, nombre que al pronunciarlo le partía el corazón en dos, la dejaba sin fuerzas, exhausta para continuar, era tanto el dolor que a veces no cabía en el perímetro de su alma y se le desbordaba por la piel, dejando a su paso un aroma a sufrimiento que entristecía las paredes, secaba los pétalos de los jazmines. Ana, la pequeña Ana, la luz de sus ojos, ahora apagados, vacíos de vida...

- Eva, discúlpeme por pedirle que siga, pero tenemos que avanzar, no hay otra manera... Permítame que la invite nuevamente a almorzar y no se sienta avergonzada, ya le expliqué que la Organización paga todo, es lo menos que puedo hacer...

Pasaron delante de la rubia bonita que estaba impecable como siempre y no pudo dejar fuera los pensamientos que corrían a agolparse en su mente, si ella hubiera tenido una mamá y un papá que la amaran, su vida habría sido distinta, hasta tal vez podría ocupar el lugar de la rubia bonita, un empleo digno, donde los demás le pidieran por favor o le dieran las gracias. Donde nadie la moliera a palos por nada, donde no la obligaran a hacer cosas que no quería, donde la llamasen por su nombre y no fuera una simple herramienta de trabajo...

Fernández le corrió la silla y nuevamente le ofreció pedir por los dos para evitarle que se sintiera mal, intentando ahorrarle cualquier incomodidad. Y no pudo dejar de pensar en lo

maravilloso que hubiera sido tener un buen empleo y a un Fernández como marido, eso hubiera significado vivir.

- Disculpe, por favor me puede seguir contando de Alejandra ¿Qué pasó con ella después?

A horas de partir, Alejandra le regaló a Ana el rosario que le había obsequiado la Hermana Carmen y que se salvó de la furia de Cacho porque Lucía siempre se lo guardaba. Un rosario de plata bendecido por el Papa para que la protegiese de las adversidades, como si la monjita intuyera el futuro...

Alejandra partió una mañana de julio, miró las baldosas para no detenerse, parecía que de pronto había envejecido varios años, caminaba cual reo a la silla ejecutora, despacio para alargar la partida. Se volvió sólo una vez, queriendo dibujar una sonrisa que solo fue una mueca y deshizo a todas en lágrimas.

Nadie la volvió a ver, ni una carta, ni un dato del paradero. Se comentaba entre los malandras de la noche que las casas brasileras estaban bajo condiciones de aislamiento extremas como una manera de evitar fugas, debido al trato infrahumano a que eran sometidas las mujeres y algún que otro travesti, lo cuales comenzaban a ser populares en las casas de trabajo, más requeridos por los clientes de poder adquisitivo alto.

Alejandra desapareció de la faz de la tierra como si nunca hubiera existido, en todos lados estaba prohibido preguntar por ella, bajo riesgo de enojar a Cacho. Ya no era el Cacho de antes, vivía las veinticuatro horas enfurecido y a ella le aterraba que se las tomara con Ana, como una manera para destruirla. El no conocía de piedades ni clemencias y excepto la cárcel, no se le conocía otra debilidad en su maldita humanidad.

Fernández le hizo señas al mozo, le pidió dos cafés y luego de un silencio empapado en recuerdos atinó a opinar:

- Eva, créame que es muy difícil para mí escuchar su historia sin quebrarme en mil pedazos, pero realmente quiero... es decir la Organización quiere ayudarla por eso necesito ser lo

más objetivo posible, esa es la razón por la cual la molesto tanto con información acerca de lugares, ubicaciones geográficas y otros detalles...

Fernández se vivía disculpando y esta situación que a la mayoría de los mortales debía resultarle común a ella la sorprendía, porque le sonaba extraño que un hombre fuera amable con su persona. Los hombres que la habían rodeado sólo le habían dado órdenes, sin tener en cuenta en momento alguno sus necesidades, sus pensamientos, sólo debía cumplir en la inmediatez para evitar el devenir irremediable del castigo y que todo saliera según lo esperado.

Fernández miró de reojo el reloj mostrando agitación en sus expresiones ...

- Me va a tener que disculpar... Hoy tenemos reunión de junta directiva en más o menos una hora y tengo que acomodar una pila de papeles. Pero... la espero mañana a la misma hora de siempre...

No dejó que él se disculpara, en el fondo de su intimidación ella también estaba sumida en un cansancio arcaico que le debilitaba la respiración. En minutos caminaba por la avenida, rumbo al refugio donde Margarita la esperaba bebida de ansiedades. Caminó sin prisa, sintió que la tristeza se desparramaba por todos sus órganos vitales, y que el agujero en el alma se agrandaba. A pesar de sentirse tan agradecida, no podía dejar de pensar en las ingratitudes de la vida.

Alguien le estaba tendiendo una soga para salir a flote pero sus pulmones estaban colapsando. Intentó llenarse el alma con recuerdos bellos, como aquel cumpleaños de Ana, con una torta inmensa de frutillas con crema y ocho velitas. Las alegrías de todos y la enorme felicidad de la pequeña cuando descubrió la fiesta sorpresa con cientos de globos vistiendo y entibiando la monotonía de las paredes.

Cacho había partido en un viaje relámpago, tal vez para buscar desdichadas nuevas para el oficio, su ausencia llenó de júbilo los espacios de la casa e incentivó a Lucía para preparar en un santiamén la fiesta más hermosa que ella había presenciado. Globos y más globos celestes y rosas, los colores favoritos de Ana. Papel picado, gaseosas y dulces inundando las habitaciones, haciendo que la casa se transformase en un hogar con Ana riendo y bailando todos los instantes, metiendo los dedos en la torta de chocolate, y su sonrisa cómplice con Lucía que la dejaba hacer a su gusto. Ana tan bella con una pollerita de jeans y una remerita rosa, desbordante de vida...

- Ana, ve más lento, más tranquila...

- ¡No puedo mamá , no jodas! ¡La vida es para vivirla...!

Ana siempre apurada para vivir, disfrutaba de cada cosa con una intensidad única, como temiendo que el tiempo fuera escaso, insuficiente...

Golpeó la puerta ajada de años y casi al instante Margarita le abrió, la monjita intentó disimular su congoja al verle las mejillas húmedas y distraerla con la conversación.

- ¡Cuéntame mujer! Dime como te ha ido con Fernández. No vas a decirme que te invitó a almorzar nuevamente, ves como yo siempre digo hay gente buena en este mundo...

Le armó los aconteceres lo mejor que pudo, olvidando algunos detalles menores que el cansancio no le dejó enumerar. Se sentía agotada, vieja de sufrimientos y penares. Se puso a pensar si alguna vez en la línea etérea de su humanidad había sentido un agua de juventud en sus venas, entonces en ese instante de dudas recordó a Miguel Ángel Martínez...

Lo conoció una noche helada de agosto, cuando el frío congelaba hasta los huesos y no había whisky que calentara el cuerpo para poder trabajar, la casa estaba hasta los bordes de clientes, hombres que circulaban de un lado a otro tratando de encontrar la diversión por la cual venían a pagar. Cacho desde su puesto de zorro no le perdía pisada a ninguna mujer, salivaba codicia ante la apetitosa demanda que arremetía por doquier en busca de cualquier chica disponible.

Ella había estado con tres clientes y estaba ocupada en despistar a Cacho para tomarse un descanso cuando lo vio, sentado en un rincón, un hombre de mediana edad, intentando pasar desapercibido, un poco incómodo con la situación, tal vez por la multitud, intentaba matar el tiempo con una copa. Se le acercó para sentarse en la falda y acariciarlo, intentó que pagara para estar con ella. Y el pagó, pagó el turno más costoso y de la cintura la condujo a un cuartucho de mala madre. Ella al compás de la música comenzó el show acostumbrado, bailó y se desnudó suavemente, él la miraba, la devoraba con los ojos, hasta que dejó el papel de espectador, se le acercó y comenzó a acariciarla, a esculpirle el cuerpo a besos, a encenderle los latidos de la sangre. Asustada ante el cúmulo de sensaciones nuevas quiso liberarse, huir de ese hombre que le estaba despertando zonas que ni sabía que poseía, regiones de su cuerpo que se levantaban como olas embravecidas en el medio de la tormenta. Él la sujetó con firmeza y la poseyó hasta el alma, haciendo que cantaran sus huesos, inundándole las venas de placer como nunca nadie lo había hecho.

Miguel Martínez volvió una y otra vez, sabiendo que ella lo esperaba con ansias de placer y locura, con un puñado de sentimientos en las manos que le eran desconocidos. Con pedacitos de diálogo fue armando la vida de él, era sindicalista, hombre conocido y respetado en el ambiente, un varón de hogar que había caído en las redes de la casa de trabajo, arrastrado por unos colegas extranjeros, participantes de unas jornadas. Se enamoró de Miguel Martínez, con esa extraña sensación que nunca antes había sentido y se le notó la alegría, la espera, las ansiedades por el amado...

Los rumores nacen y proliferan en cualquier lugar, pero si hay algún caldo de cultivo apropiado para ellos es en las casas de trabajo, donde los comentarios circulan como una

manera de dejar correr el tiempo que no pasa más en los ratos de pocos clientes. Los entredichos llegaron a oídos de Cacho que comenzó a vigilarla en silencio, tejiendo sospechas en las sombras. Tardó muy poco en corroborar que los rumores eran ciertos y menos tiempo aún en prepararle un traslado a una casa del sur por varios meses.

Nunca más volvió a ver a Miguel Martínez, tuvo que guardarse el amor en un rincón escondido del pecho donde nadie pudiera arrancárselo y si no hubiera sido por la pequeña que lloraba desconsolada a cada llamada pidiéndole a gritos que regresara, hubiera puesto definitivamente fin a su vida de dolores y amarguras.

Esa noche soñó con Miguel Martínez, en el sueño se le acercaba sonriendo, a veces entremezclándose con el rostro de Fernández.

Despertó agitada, sudando la pesadilla, con los recuerdos a flor de piel, sintiendo la necesidad de ese amor que no pudo ser, que no alcanzó para alimentarla de por vida. Miguel Martínez y sus ojos castaños hurgándole los adentros, Miguel Martínez y sus manos de duende recorriéndole las regiones como nunca antes y nunca después, con su sonrisa a medias, de conocedor de mundos, de haber vivido contra reloj. Tal vez después de Ana, lo buscaría aunque fuese para mirarlo un rato, para preguntarle si ella significó algo en su vida, si le dejó algún recuerdo en el alma...



CAPÍTULO III

Al amanecer Margarita la esperaba con el desayuno, para que apurara el paso porque se le iba a hacer tarde. La monjita adivinó la mala noche, la dejó dormir un rato más, aunque los tiempos comenzaran a apremiar. De tanta prisa casi tomó el ómnibus equivocado, igual llegó a horario pero agitada por la preocupación de llegar tarde. El timbre sonó tres veces antes que la puerta se entreabiera y apareciera detrás una morocha aterciopelada con un trajecito igual al de la rubia bonita.

- Usted debe ser Eva, buenos días y pase por favor. Mariana está enferma por esa razón ocupó su lugar. El Señor Fernández la espera al final del pasillo.

Mientras caminaba rumbo a su destino inmediato, pensaba para sus adentros, qué maravilloso debía ser trabajar en un lugar donde se pudiese faltar por enfermedad. Cacho se hubiera reído de la situación con ganas, sus mujeres siempre trabajaban aún con fiebre, no existían las disculpas ni las excepciones a la regla, él aplicaba esa política para todas.

Fernández la esperaba y como lo hizo en otras oportunidades, se levantó para saludarla e invitarla a sentarse y continuar con el relato.

- Estoy feliz de verla, espero que haya podido descansar bien. No la quiero distraer pero creo que habíamos dejado, o mejor dicho, lo último que me contó fue la despedida de Alejandra... ¿Qué pasó después, tuvieron noticias?...

Alejandra desapareció de la faz de la tierra, todos los intentos de comunicación fueron inútiles, las cartas quedaron sin respuestas, ni retorno y las llamadas a la casa más grande de San Pablo con la cual se conectaba Cacho, despistaban porque aseguraban que no conocían a ninguna Alejandra con esa descripción. Ante algunos intentos con otra casa de Río de Janeiro pasó lo mismo, la frustración y la desolación fue creciendo en el grupo, sobre todo en Lucía y en Ana que adoraban a la pelirroja.

Con el tiempo dentro de la casa se fueron tejiendo las partes de una posible conclusión, aunque sin bases ni fundamentos sólidos, pero que dadas las circunstancias parecía ser la más acertada. En una de esas lo de Brasil había sido un montaje escénico y en realidad.

Alejandra había sido enviada a Bolivia o Perú, donde preferían las mujeres de piel blanca y los controles se veían afectados por la permanente inseguridad en la que habitaba la población civil. En estas condiciones las chicas de las casas eran tratadas peor que animales, porque si las vidas de los ciudadanos valían poco, el existir de las mujeres de la noche no valía nada, podían aparecer en algún callejón muertas, la policía “de seguro” no se ocuparía en lo más mínimo, menos aún de una extranjera cuya desaparición nadie reclamaría... Siempre el hilo se corta por lo más delgado y en situaciones tan extremas conseguir mujeres de reemplazos resultaba más barato que adquirir una bicicleta. Durante unos meses guardaron la esperanza que Alejandra encontraría la manera de escabullirse y comunicarse, pero después la tristeza se fue apoderando de todas y las esperanzas se esfumaron por las ventanas.

Sin saber a quién recurrir, una de las chicas intentó buscar ayuda ante un cliente relacionado directamente con la justicia, pero el hombre lejos de fomentar las esperanzas, le confirmó a ciencia cierta que era casi imposible buscar a alguien que ni siquiera había sido denunciado como desaparecido, en tales circunstancias no se podía montar un operativo de investigación oficial y como nadie se atrevía a denunciar el extravío, por miedo a las represalias de Cacho, se hizo silencio donde había tanto para decir...

Después del traslado de Alejandra tomó la decisión de huir cuanto antes, razón por la cual necesitaba dibujar un plan que le permitiera hacerlo. Era imperioso a cada instante de su malograda vida alejar para siempre a Ana de Cacho, a manera de no repetir la historia, quería un destino distinto para la pequeña, con la posibilidad de trazar huellas frescas a seguir, lejos del doloroso mundo de la prostitución. Confiaba en muy pocas personas, por ahí el número se reducía a Lucía que amaba a Ana como si fuera su retoño y a la Hermana Margarita, tal vez las únicas que podían tenderle una cuerda de socorro para escalar el abismo. Les contó la idea y a pesar del clima de júbilo que embargó a las dos mujeres intentó mantener la calma en medio de la tempestad, al tratarse de Cacho las dificultades a sortear podrían contarse por miles, el viejo zorro no la dejaría desaparecer así porque sí.

Corría agosto en el calendario cuando improvisó una salida de compras por la ciudad, Ana necesitaba un sweter y para adquirirlo debía llevarla a medirlo. Cacho se hizo rogar bastante, no acostumbraba permitir que la pequeña saliera con ella, pero como en los últimos días ella había trabajado sin descanso para mantenerlo contento con el ingreso de divisas extras, a manera de premio les dio permiso para salir. En su embriaguez absoluta Cacho decidió que las acompañara Cristina, una loba paraguaya que lo adoraba y que a cada palizón que le daba más tributo le rendía, cuestión ésta por la cual se había ganado el aborrecimiento de las demás mujeres que mantenían aunque fuese un pedacito de dignidad desobedeciendo alguna que otra orden. Cristina veía en Cacho a su amo y señor, se enfurecía con cualquiera que cuestionara el asunto, se desvivía por atenderlo en

todo con cada actitud.

Subieron al taxi que la casa contrataba para los traslados urbanos y le pidieron al chofer que las llevara a un local extremadamente céntrico, frente al cual el hombre detuvo el vehículo. Cristina le ordenó que las esperara porque seguramente se desocuparían en minutos, a lo que Ana, como desconocía los planes a seguir, respondió con un gesto bastante descortés, quería elegir tranquila sin los apresuramientos acostumbrados. Se midió pilas de sweters, hasta que finalmente se decidió por uno color uva torrontés en el mismo instante que la Hermana Margarita y dos monjitas más ingresaban al local. Cuando las vio entrar por unos

segundos que se transformaron en eternidad se le paralizó la totalidad de la musculatura y ni una gota de sangre fluyó por sus venas, si algo salía mal no habría segunda oportunidad. Reaccionó a tiempo para pagarle a la cajera y tomó a Ana del brazo para dirigirse a la puerta con la loba paraguaya pisándole los talones. Todo ocurrió tan deprisa que no supo en que momento las tres monjitas las sostuvieron del brazo y las subieron a un utilitario de la orden, ante la mirada desesperada de Cristina que no lograba reaccionar ante semejante locura.

Horas y horas de trayecto, surcando rutas por conocer, con esa sensación del vehículo levitando por campos verdes de trigales que asomaban por los huecos de las ventanillas. Un poco más adelante, a horas de caminos y recovecos, la pintura del paisaje fue cambiando por tonos amarronados donde escaseaba el verde y solo algunas pinceladas constituidas por algún que otro arbusto agreste cortaban la inmensidad en dos. Mientras avanzaban observaba las reacciones de Ana, esperaba los interrogantes para dar respuestas, no hicieron falta porque Ana lo entendió todo sin explicaciones, había pasado la totalidad de su existir en un ambiente donde las palabras eran mínimas, el lenguaje de los gestos y miradas reemplazaba la escasez de vocablos. Ana apoyó su cabecita de gorrión abandonado a la intemperie en su falda y dormitó, dormitó por horas como si sintiera que debía estar descansada para el futuro inmediato a vivir, un futuro de libertades amontonadas en los asientos traseros del utilitario donado a las Hermanas por algún empresario que necesitaba expiar pecados porque para muchos las monjitas representaban una idea de salvación.

El viaje a la libertad se hizo eterno, como los troncos añosos de los cipreses con los que se toparon en una curva semicerrada que desembocaba en el destino final. Un pueblito en el sur, custodiado por dos montañas gigantes con sus melenas blancas de nieves, con sus casitas de techos colorados como en los cuentos y sus callecitas angostas para hombres sin apuros, sin tiempos para ganar. Un pueblito donde las monjitas tenían un albergue para esconderlas de las garras de Cacho, lo suficientemente lejos y lo suficientemente escondido, al menos eso era lo que ellas pensaban. Ana se enamoró del lugar de gente mansa que derramaba confianza por doquier y daba esa extraña sensación de ser protagonistas de un

sueño de hadas y duendes, donde el maligno Cacho no podría bajo ninguna circunstancia conseguir sus propósitos.

Ella y Ana se pasaban las tardes en esa rara tarea de vivir, disfrutaban del vaivén de los columpios al compás de la ventisca suave que las despeinaba a su paso. Ana se fusionó con la hamaca que parecía no querer soltarla mientras reía y reía llena de sensaciones nuevas, cuando la Hermana Margarita se acercó para sacarla del ensimismamiento y traerla de vuelta a las realidades.

- Eva, estás tan feliz. ¡Adivino lo que estás pensando! Si pudieras harías contrato con la vida para quedarte para siempre. ¡Por primera vez en años te veo tan feliz ...!

Fernández se levantó para acercarle un paquetito de pañuelos descartables porque las lágrimas le habían inundado la garganta, ahogándole la voz e impidiéndole continuar el relato. Se le desbocaron los sentimientos encerrados en los corrales del alma, y Fernández presintió la gravedad de la situación porque solo atinó a decir:

- Si quiere seguimos mañana, cuando esté un poco más calmada... de todas maneras estamos avanzando mucho...

Lo miró a Fernández y prefirió el silencio a explicarle que lo suyo no era un problema de calma, ella tenía el alma rota en mil pedazos y no había pegamento alguno para armarla de nuevo, a veces intentaba acomodar un poco las piezas pero el dolor se las volvía a desordenar, no podía explicarle que tenía los huesos reducidos de tanta ausencia y las manos calladas de fríos y abandono. Por eso prefirió seguir, continuar el relato ...

El tiempo se detuvo en el pueblito, un lugar donde la rutina era maravillosamente agradable y hacer a diario las mismas cosas les producía un enorme placer. Las monjitas no querían que trabajara pero ella por su cuenta se dedicó a conocer la gente del lugar y fue así como consiguió empleo en el hogar de unos inmigrantes polacos, donde debía encargarse de las dos niñas pequeñas además de la limpieza del lugar. Polacos fuertes y buenos que se enamoraron de la sonrisa de Ana apenas se toparon con su carita de dulce de leche, la esperaban en las tardes domingueras con una torta de nuez, receta traída de sus pagos de origen. Concurría a diario a su empleo, no cabiendo en la satisfacción de tener un trabajo digno por primera vez.

Se creyó a salvo, desoyendo las advertencias de la Hermana María del Valle que de vez en cuando le decía que las herramientas del mal eran muy eficientes. Se creyó a salvo, viviendo otra existencia en donde Cacho no podía dañarla y se caminó todas las tardes conociendo cada centímetro de las veredas, recorriendo el polvo de las callecitas, bebiéndose el sol de a sorbos y atragantándose de tanta luz. Intentó cicatrizar las heridas del espíritu con un unguento preparado con una pizca de alegría y media docena de risas, además de toneladas de Ana, de Ana gastándose la niñez de golpe, armando revuelos entre los niños con sus ojos de noche y sus picardías, escondiéndose donde no era posible esconderse y hablando, hablando por doquier.

- ¡Mamita, cuando sea grande voy a ser maestra! ... pero para los nenes especiales como mi amigo Joaquín que me hace todo el tiempo señas y sólo le entiendo la mitad...

- Tranquila Ana primero tenés que terminar la secundaria...

- Pero ¿Quién te entiende? Siempre me decís que en la vida hay que tener sueños y cuando tengo uno me lo borras de un plumerazo...

- Bueno Ana, lo siento, es que sólo quiero que disfrutes el presente, el hoy...

- Por eso me voy a jugar, chauuu...

Fernández se le acercó, sintió que esta vez ya no podía seguir, que ya no tenía más fuerzas escondidas en los recovecos del cuerpo, le pesaba tanto sostenerse en pie. Se le agotaron las palabras y estaba tan extenuada que ni siquiera podía levantarse para despedirse.

Antes de llegar a la Organización había pensado que con el correr de los días le sería más fácil continuar el relato de su historia, pero resultaba al revés, porque contar era revivir cada momento y el dolor le estaba mellando los contornos del cuerpo y la mochila en su espalda pesaba toneladas.

Fernández no necesitó explicaciones, por eso sin hablar se acercó para tomarla del brazo y la ayudó a levantarse. Se tuvo que dejar ayudar, porque sola no podía con su humanidad y cada paso le significaba un esfuerzo tremendo, por eso ni vio a la morocha aterciopelada que se apresuró a abrirles la puerta de la calle y que los saludó.

Recién tuvo conciencia de que Fernández estaba a su lado cuando le preguntó la dirección para repetírsela al taxista, después se quedó en sí misma con poca conciencia del trayecto.

Al llegar, la Hermana Margarita se sobresaltó por el acompañante inesperado, pero él con unas escasas frases la tranquilizó, le explicó de manera clara la situación y luego se marchó a su hogar.

Margarita la tomó del brazo, ayudándole a entrar. Eva, mi pobre Eva, estás tan cansada ... sentate que en el horno te guardé media pizza calentita, enseguida te la sirvo...

Mientras la monjita seguía con sus quehaceres, ella pensaba para sí, qué haría sin la Hermana Margarita y no le costó demasiado responderse, seguramente se sentaría a morir de penas y olvidos. El amor, el afecto de la viejecita la obligaba a seguir, no la dejaba claudicar en la empresa.

Margarita era como la flor del nombre, simple y resistente a la vez. Había ingresado a la orden siendo aún adolescente, sintiendo que quería vivir para los demás y sobre todo ayudar a mujeres desamparadas, por eso se había cobijado en esa Congregación.

Dueña de unos principios inquebrantables, nadie se explicaba donde escondía tanto valor con una corporalidad tan reducida. Pequeña en sus perímetros externos pero inmensamente grande en su interior, parecía no caber en el envase. Se había acercado a ella en una casa de trabajo y desde esa vez siempre se las había arreglado para visitarla, escapando de las objeciones de Cacho que odiaba a las pollerudas como les llamaba, con toda su alma negra. Margarita estaba más allá del bien y del mal, lo que le permitía ir por la vida sin tapujos, por eso nunca escondió su predilección por ella y Ana, a pesar de los reproches de las otras monjitas que siempre le recalaban equiparar las cargas pero a sus años, podía darse algunos lujos como ser desobediente .

Margarita las adoraba y después de lo que le pasó a Ana, no dudó ni un instante en mudarse con ella para dedicarse por entero a cuidarla, no la dejaba ni a sol ni a sombra, sosteniendo su maltratada humanidad con palabras de afecto y comida caliente. No la dejaba claudicar, armaba esperanzas con pedacitos de recuerdos, contándole historias de su niñez en un pueblito del norte, donde la gente era mansa y los niños jugaban a la rayuela.

Margarita desbordaba de vida y juventud, lo que en nada coincidía con su cuerpo cargado con una pila de años y con la frescura de su andar, sereno pero firme. Se le notaba un carácter bastante importante, heredado de su abuelo andaluz, según ella, quien había sido torero de ley y muerto en una plaza de toros. Tanta bravura había pasado a Margarita que no sabía de miedos o al menos no dejaba que se le vieran.

Margarita estaba con ella y eso era lo que importaba, porque en su vida de soledades las personas habían huido a la menor mención de sus desgracias.

Esa noche lloró más de lo acostumbrado, mitad despierta mitad en sueños. Recordó a Miguel Martínez una vez más y sintió el pecho repleto de nostalgias por ese amor que no pudo brotar entre tantas malezas e incertidumbres. Y naufragó en un mar de lágrimas que le ahogaban los pensamientos, se le fundieron los rostros de Fernández y Miguel Martínez, quedándose con una imagen difusa en la córnea, tal vez porque entre tantos hombres habían resultado ser los únicos respetuosos de su humanidad, con su condición inalienable de

mujer, los demás la consideraron un objeto con valor agregado, desprovisto de sentires y desechable al menor inconveniente.

CAPÍTULO IV

Se levantó al amanecer, cuando un rayo de sol extraviado del conjunto le hizo cosquillas en la mejilla izquierda, se tomó un rato para acomodar las ideas y así poder continuar, no podía considerar otra opción, Fernández la esperaba como todos los días.

Esa mañana se trasladó en taxi, la Hermana la convenció a duras penas que no tomara el micro porque el cansancio se le aparecía por los poros. Apenas sonó el timbre, la rubia bonita apareció con su sonrisa cotidiana, se la veía bien y pensó que tal vez le estaba empezando a caer simpática.

Fernández estaba instalado en su sillón de modernidad con un café en la mano izquierda, lo que dejó entrever que el hombre era zurdo ...

-Eva, mire que bien estamos esta mañana, los encargados de mantenimiento nos arreglaron la cafetera, aunque le confieso que nunca le acierto en las proporciones... Veo que está un poco mejor, de todas maneras quiero decirle que la Organización cuenta con un grupo de terapeutas de primera que tal vez podrían ayudarle a sostenerse entre tanto dolor...

Fernández hacía lo posible y lo imposible para ayudarla, después de tantos palos y tantas amarguras calcados en la espalda le costaba demasiado creer que alguien intentara hacer

algo por ella sin fijar un precio. Se lo quedó mirando con la hondura de sus abismos reflejados en sus ojos, hasta continuar con su historia...

Cacho nunca se resignó a su abandono y menos aún que en su huída le había arrebatado a Ana, es decir dos trofeos perdidos por culpa de las pollerudas que él tanto aborrecía, siempre le habían obstaculizado el negocio al convencer a las mujeres de la existencia de un mundo mejor, más digno. Cacho solo pensaba y planeaba encontrarlas, lo acontecido era malísimo para él no sólo porque produciría un efecto dominó, sino porque tenía demasiados enemigos dispuestos a apuñalarle las entrañas y tomarían los sucesos como un signo de debilidad, que se estaba “ablandando”. Venganza y supervivencia dos ingredientes muy fuertes para un cóctel que motivó a Cacho a dejar a Lucía frente a la casa principal y comenzar el operativo vigilando a las monjas, cómplices de la huída. Sin lugar a dudas que las estaban ocultando en algún hogar alejado, mientras esperaban que él dejara de buscar. Cristina, la loba paraguaya, llena de odio por lo sucedido se transformó en su más fiel aliada de búsqueda, recurriendo a su condición de mujer de la noche para obtener información.

Se aprovechó de las Hermanas que la veían como a un ser desamparado. Fue ella quién descubrió un rumor acerca de un hospedaje en el sur donde estaban escondiendo a una mujer con su hijita, información que facilitó en el acto a Cacho, quién con sus

kilómetros de calle en el velocímetro no tuvo que esforzarse demasiado para encontrarlas, para ubicar el lugar geográfico en el mapa y así preparar con lujo de detalles su arribo cuanto antes por las dudas que existiera la intención de un posible traslado.

Cacho estaba dispuesto a todo con tal de encontrarlas y así poder hacer realidad el fantasma de toda madre... Se tomó el tiempo necesario para prepararse, su instinto de rapiña no podía fallarle y nada podía salir mal.

Era junio, el pueblito estaba enmarcado dentro de unas tardecitas blancas de quietud y algarabía con la gente viviendo su habitualidad en cámara lenta, disfrutando de los

anocheceres mágicos donde la nieve y la ventisca alimentaban el sosiego, la calma absoluta. Esa mezcla de sensaciones era el combustible que adormecía a Ana y a ella en una extraña lacidud, como si el dolor estuviera encerrado en las cárceles del pasado, sin boleto para el presente e inconcebible para el futuro. Así de seguras se sentían la mañana del horror, donde era impensable que Cacho existiera aún, parecía tan lejano como los ogros de los cuentos. Sus vidas habían cambiado, borraron algunos recuerdos espantosos para llenar los olvidos con las esperanzas de vivir. Por eso no lo reconoció de inmediato, no se percató de su presencia maldita hasta que cuando lo entendió todo era tarde, demasiado tarde para Ana que se agitaba a los gritos en los asientos traseros de un automóvil blanco. Todo ocurrió en la fracción de un segundo donde el terror no dejó lugar a la reacción y cuando comprendió la gravedad de los sucesos Ana ya estaba lejos, sollozando y pataleando contra el hombre que cumplía con la dualidad de función, ser enemigo y padre. Se sentó en el banco de la plaza a morir, dispuesta a no levantarse más, con la desesperación perforándole los huesos, la locura de sentir que podía no ver más a Ana.

Las Hermanas iban y venían intentando reaccionar, avisaron a las autoridades y se contactaron con las otras casas de la Congregación, sólo la Hermana Margarita se sentó a su lado y la abrazó en un silencio que lo decía todo, sellando el destino de peregrinar a su lado en la búsqueda...

Fernández se levantó para acercarse, sin saber que hacer ante tantos hechos injustos, con la mirada crucificada por un dolor hondo que se le desbordaba en los gestos.

- Eva... Eva, no debe haber nada en el mundo que duela más que el rapto de un hijo, al dolor de la pérdida se suma la incertidumbre de las cosas que le pueden suceder cada día, cada instante...

Las palabras de Fernández la rescataron del abismo de la absorción en el que había caído durante el relato, en esa negrura de dolor donde no cabe pensamiento alguno, sólo se siente

revivir nuevamente la escena. Ana, Ana, lo era todo para ella, el principio, el medio y el final, no había vida sin Ana, solo la función mecánica de respirar o la de acostarse en algún momento.

- Eva, se que está destrozada pero por favor tenga esperanzas.

Estamos trabajando para ayudarla, la Organización actúa en forma lenta pero segura. Ya tenemos infiltrados en dos casas de Brasil y una de Bolivia, están levantando datos para hacer fichas con toda la información recabada. Le cuento entre otras cosas que los dueños de las dos casas brasileras tienen varias en el centro bonaerense...

Seguro que para usted no es nuevo lo que estoy diciendo...

Se lo quedó mirando con la mente perdida en el sopor que le producía la mezcla en proporciones iguales de dolor y esperanzas.

Vertía toda la suma de voluntades en ese instante en el cual Fernández le pedía confianza porque los imposibles no existen y a pesar que ella estaba padeciendo el síndrome más atroz que una madre pueda soportar, existía la cura a todos sus males juntos:

encontrar a Ana. Ese era el único remedio que su huesuda humanidad estaba necesitando para no desfallecer de ausencias y hastíos.

Se levantó despacio de la silla, como aletargando la partida y se acomodó el sweter para encaminarse a la puerta, cuando Fernández se apresuró a alcanzarla...

- Deje que la acompañe y la acerque a su casa...

Se fueron en silencio, en medio de un silencio con olor a ausencias y espantos. Ella presintió en toda la levedad de su ser que las líneas de su guión estaban agotadas,

seguramente Fernández le pediría disculpas como siempre lo hacía y le prometería mantenerse en contacto para que ella estuviera al tanto de la investigación.

Mientras esas ideas se cruzaban en su mente como pelotas de ping pong, toda su desvencijada humanidad se estremeció en una crisis de pánico, le aterraba no tener que volver en la mañana porque en los últimos tiempos golpear la puerta de la Organización la había mantenido en pie, era la excusa para levantarse cada mañana, acomodar cada centímetro de su aspecto en ruinas y desayunar con la Hermana Margarita para luego partir rumbo a su encuentro con Fernández, esta razón motorizaba su existencia, le daba sentido.

Fernández estaba callado, absorto en sus pensamientos, en los últimos días le costaba mucho no involucrarse o al menos no sufrir en demasía, le había sucedido en oportunidades anteriores pero esta vez era peor que las otras, porque esta mujer morena ensombrecida por el halo de una tristeza gris que la cubría de pies a cabeza le desgarraba el alma, le calaba hasta los huesos. Por las noches, al cobijo de las paredes blancas de su cálido hogar, se quedaba horas observando a sus dos pequeñas niñas corretear por el laberinto de la casa y por más que lo intentaba no podía dejar la tortura de los miedos. Sus niñas

eran tan vulnerables como Eva cuando niña o como Ana, y había tantos Cachos escondidos en los atajos de la vida, dispuestos a lucrar con el sufrimiento de los otros.

Fernández era otro Fernández después de Ana, había dejado de ser un caso más a investigar para transformarse en la búsqueda de su vida, día a día los tentáculos de su realidad tan cruda le fueron abrazando el alma, dejándolo vulnerable, con un hueco perforándole el estómago. Las cosas ya no le pasaban a los otros, le podían suceder a cualquiera, esta conclusión se le cayó encima destruyendo para siempre la cajita de cristal dentro de la cual creció.

Fernández frenó el vehículo y se percató del poco diálogo que habían desarrollado, casi no cruzaron palabras en el trayecto, cada uno enfrascado en sí mismo.

- Disculpe que esté metido en mis pensamientos, pero me gustaría que el lunes se llegue por la oficina para ver como vamos con la investigación...

Después de haberle agradecido por todo lo que estaba haciendo por ella y Ana, se bajó con gran esfuerzo, más lento que otras veces, con la cabeza cabizbaja, intentando encontrar algo de orgullo en sus rincones para agarrarse de él y no flaquear en la calle. La Hermana Margarita la esperaba con una tortilla española, receta de la Hermana Teresa y unos mates bien dulces con cascarillas de naranjas del árbol del patio, la monjita acostumbraba acompañar cualquier alimento con unos mates calientes y como a ella le daba igual siempre se los aceptaba gustosa y agradecida de que la estuviera esperando.

- Eva, cuéntame como te ha ido... pensaba, si te parece un día de estos podría acompañarte a la Organización. La Hermana Teresa y la Hermana Carmen han ido otras veces pero yo no conozco... Pero solo si tú estás de acuerdo.

CAPÍTULO V

El lunes a la mañana Margarita tuvo que acompañarla porque le quedaban en el haber tan poquitas fuerzas que no alcanzaban para sostener su esqueleto en pie.

Fernández la esperaba como siempre y no pareció sorprenderse ante la presencia de la monjita, más bien parecía aliviado ante su compañía.

- Cuánto me alegro de verlas, en realidad estaba impaciente porque se han demorado y temí que no viniera Eva... tengo algunas novedades aunque no quisiera crearle falsas expectativas.

Margarita lo miró con sus ojos profundos de vivir y armó rápido la frase:

- Señor Fernández , a estas alturas de los acontecimientos Eva y yo estamos más allá de las expectativas ¡Quédese tranquilo, hombre!

Fernández les explicó lo más detallado posible la información que estaba manejando. La Organización había movido sus tentáculos lo más rápido posible a sabiendas que en estos casos el tiempo equivalía a monedas de oro. El proceso más complicado resultaba de corroborar la veracidad de algunos datos levantados en las entrañas de las calles, donde los testimonios se entretejían en colmenas de habladurías. Con el material debidamente chequeado habían armado algunas conjeturas posibles. Ana después del rapto fue trasladada a una casa de trabajo en Corrientes, estratégicamente ubicada en una zona semiurbana, donde concurrían de manera cotidiana estibadores y otros jornaleros rurales, de ingresos restringidos, pero clientes permanentes. La caracterización del lugar y la ubicación geográfica constituían factores determinantes para esconder a Ana, al menos por un tiempo.

Una mujer, con una pila de años encima que oficiaba de encargada del lugar, había aceptado facilitar alguna información siempre y cuando pudiera permanecer en el anonimato, de lo contrario su vida valdría menos que unas monedas, según los códigos de la calle, un soplón menos era un problema solucionado. En apariencias la mujer se había encariñado con Ana, en su estadía en el lugar y sentía la necesidad de colaborar para cambiar su destino.

Entre los datos que aportó, se pudo entrever que Ana estaba en buenas condiciones físicas aparentes pero que casi no hablaba, inundada por un mar de tristezas que se reflejaba en sus ojos negros de noche.

Fernández omitió decirles que la pequeña lloraba incesantemente pidiendo a su madre, lo que provocaba el enojo de Cacho, quién le gritaba permanentemente que no volvería a verla nunca, y le aclaró que se fuera acostumbrando a la situación. Pero Ana parecía tener acero puro en las venas porque no dejaba de llorar demostrándole que no le temía o bien era más fuerte su dolor.

Fernández se detuvo, porque entendió sin necesidad de palabras que ella estaba a punto de desmayarse, un rayo de esperanzas comenzaba a alumbrar el recinto, los sueños y las realidades se confundían en la voz del relato y el vacío absoluto comenzaba a escribirse con fechas y lugares. Bebió a sorbos una limonada antes de rogarle que prosiguiera con el relato...

Fernández buscó las palabras adecuadas para no dejar lugar a falsas expectativas, le contó que la encargada de la casa correntina les había jurado que Cacho dejó la niña a su cargo por sesenta días y partió inmediatamente. Transcurrido ese lapso de tiempo, se presentó de manera inesperada una noche de lluvia fantasmal con el rostro demacrado por el cansancio e increíblemente apresurado por partir, seguramente inquieto por las pesquisas que se llevaban a cabo en las cercanías.

La encargada les aseguró por su vida que no sabía el destino inmediato pero que albergaba la oscura sospecha de un traslado a una casa del norte, simplemente porque la cercanía aplastante de la frontera le permitiría escabullirse con facilidad de los controles de gendarmería. El permanente tráfico de personas hacía imposible la efectividad del pedido de papelería, además de la disponibilidad de senderos y atajos que les permitía a los tratantes de personas escabullirse con escasos esfuerzos de la ley.

La Hermana Margarita empezó a impacientarse, queriendo decir con palabras lo que estaban evidenciando sus gestos.

- Señor Fernández , le pido disculpas por interrumpirlo, pero creo que necesitamos bebernos un café bien cargado...

- Hermana, puedo servirle uno de inmediato...

- Señor Fernández le agradezco su atención, pero me parece que sería interesante para mi conocer el barcito del frente...

- Disculpe, Hermana estoy de acuerdo con sus sabias palabras.

Mientras Fernández ayudaba a ponerse en pie a Margarita, ella intentó acomodar los huesos en el lugar correcto de su maltrecha anatomía y se levantó de un tirón por miedo a no poder hacerlo.

Caminó despacio, un paso a la vez, preguntándose cuanta esperanza le quedaba para seguir alimentando la máquina de su cuerpo, el combustible que la refuncionalizaba cada amanecer, la más remota posibilidad de encontrar a Ana, le estaba circulando en las venas sin permitir que se le congelara el líquido de la vida que aún fluía por sus conductos. Ana, la dulce Ana, saltando, jugando, renegando, riendo, viviendo, con quinientos mil sueños en la mochila, en un mundo donde soñar es un privilegio vedado a unos pocos. Deseó, deseó con toda su alma que alguien la arropase en las noches, que alguien le susurrara algunas palabras tiernas, que alguien la protegiera por ella que estaba tan lejos...

Margarita notó sus lágrimas pero fingió sufrir de cataratas y siguió caminando, aunque pobre Hermana la actuación no era su fuerte y le costaba muchísimo no abrazarla para llorar juntas.

- Eva, ¡Qué hermoso lugar!. Elige donde vamos a sentarnos, es tan cálido que me recuerda a un lugarcito en Madrid que solía frecuentar en mis años jóvenes... ¿ Acaso te conté cómo

ingresé a la Orden?. Oh, me costó muchísimo decidirme, estuve años pensándolo. ¿Si no estaba segura?, no, el problema es que me asustaba mi rebeldía y carácter, tenía esa clara convicción que a los pocos días me iban a poner de patitas en la calle... En realidad eso hicieron en otra Congregación donde no pudieron conmigo y me echaron por la puerta trasera... Pero ya ves Dios no se rindió y cuando toqué sin demasiadas expectativas la puerta de las Hermanas me atendieron de maravillas, Cruz me invitó de pronto con un pan de naranjas, mi fruta preferida y con una sonrisa que ningún pintor podría retratar. Y me quedé, me quedé para siempre, y ya ves que más allá de las diferencias las demás monjas me aceptaron y me amaron Eva, porque siempre me amaron...

Los pasos de Fernández acercándose llamaron la atención de ambas que se dieron vuelta en forma simultánea para verlo entrar, dejando que un silencio de ansiedades se adueñara de la escena, el hombre se había atrasado a raíz de una llamada, cuestión ésta que influía en las definiciones.

- Eva... Hermana... Disculpen la demora pero necesitaba corroborar unos datos que aparecieron a la madrugada...

Lo dejaron sentarse y aspirar el aire suficiente para comenzar con la descripción de los acontecidos. Les informó que Ana había estado escondida unos días en una casa en Salta, un gendarme reconoció su foto y dio datos tan detallados de la pequeña que no cabían dudas de que era ella, además el soldado confirmó que la acompañaba un hombre parecido a la niña que decía ser su padre, la evidencialidad del parentesco y la portación del documento de él en perfecto estado dieron por tierra cualquier duda acerca de los propósitos del viaje, además agregó que la serenidad del hombre contagiaba y cuando se disculpó porque la pequeña había olvidado los documentos en casa de su madre a unos pocos kilómetros de ahí, le creyó de inmediato. Atemorizado el joven ante un pedido de

informe del suceso con lujo de detalles, respondió una y otra vez que el parecido hizo que descartara cualquier maniobra ilegal, además la niña se mostraba muy tranquila, excepto por un punto insignificante, la mirada de la niña parecía contener toda la tristeza de la humanidad, sus ojos invitaban a entrar a un universo de oscuridad y dolor pero lo dejó pasar creyendo que por el cansancio estaba imaginando. Esa noche en su confortable cama, el gendarme quedó atrapado en un tejido de pesadillas donde los ojos negros lo observaban sin pestañear, vacíos de vida, secos de alegrías, sin lágrimas para derramar.

- Eva, acepta mi pañuelo, para que puedas contener tanta pesadumbre, aunque no creo que alcance (suspiró Margarita).

Se secó el alma como pudo, tratando de no ahogarse en tantas penas, y sólo pudo balbucear algunos vocablos para pedirle a Fernández continuar el día siguiente...

Caminaron muy juntas, apoyadas una en la otra hasta tomar el taxi que las llevaría a descansar.

La monjita tardó un poco más de costumbre en abrir la puerta, el cansancio le estaba mellando la estabilidad, y las fortalezas. Ella amaba a Ana tanto como a su madre y la situación le estaba carcomiendo el espíritu, era tanto el sentimiento escondido que a veces sentía esa extraña sensación de levitar, que sus pies se despegaban del suelo y se transportaba por los aires a centímetros del piso, soltándose de su terrenalidad, sintiendo que el agotamiento le pesaba menos en las espaldas y los talones dejaban de dolerle por unos maravillosos momentos. Margarita tenía miedo de que esa sensación de volar fuera real y un día se sintiera tentada a ir más alto para sentir menos pesares, su corporalidad envejecida le estaba costando trabajo, los achaques del tiempo, los días enteros de vigilia junto a un alma en pena y los fríos de las noches caminadas a la intemperie habían hecho estragos en su esqueleto encorvado y destartalado. Por eso su alma joven estaba queriendo

subir su cuerpo a las alturas, a centímetros de las baldosas de las veredas, donde transportarse no fuera un obstáculo a vencer, sintiendo el placer de levitar ...

Tomaron la sopa de verduras en silencio, leyéndose los pensamientos sin necesidad de frases para analizar se fueron a acostar. Esa noche ella y Margarita soñaron con Ana, casi el mismo sueño, con esa rara convicción de que estaba llegando de un largo viaje y solo era cuestión de esperar que arribara el micro para esperar su descenso...

CAPÍTULO VI

El amanecer apareció cargado de nubes a punto de parir, con unas gotas en gestación dispuestas a salir del vientre materno cuanto antes, lluvia por venir que alivió el tráfico, haciendo que la ciudad que nunca duerme se viera apacible, con una tranquilidad de excepción que les permitió llegar temprano a la Organización. La rubia bonita las atendió con su sonrisa característica, disculpándose porque Fernández se iba a demorar en atenderlas, - estaba precisamente en una reunión- mientras les sirvió un café a manera de llenar los espacios. La espera no fue tan abrumadora porque en el lapso de media hora Fernández las hizo llamar para atenderlas en su oficina acomodándose en los contornos de la silla, dibujó una sonrisa en un rostro que denotaba preocupaciones ocultas e indisimulables. Fernández nunca hubiera podido dedicarse a la actuación porque las emociones se le espejaban en la cara sin poder evitarlo, el hombre era un dechado de honestidad y tuvo que suspirar muy hondo para hilvanar las frases que tenía dando vueltas en los recovecos de su mente, para poder contarles que la casa de Salta tenía la particularidad de contar con una clientela de hombres relacionados con la ley, gendarmes, fuerzas de seguridad, investigadores del narcotráfico y otros, esta cuestión peculiar la transformaba en un escondite ideal, nadie sospecharía que allí se ocultaba una niña secuestrada. Cacho supo manejar a favor de su molino estas ventajas para esconder a Ana a

la vista de todos, dos investigadores reconocieron haber visto una niña pequeña en el lugar pero en ningún momento sospecharon de algún acto ilícito porque Cacho siempre la presentaba como su hija, la cual estaba a su cargo porque su madre estaba de viaje, lo que era muy común en el ambiente donde al trasladarse una mujer, sus hijos quedaban a cargo del padre, generalmente su proxeneta quien de esta manera se aseguraba que la misma volviera siempre a él. Muy pocas tomaban la dolorosa y eterna decisión de abandonar su prole para poder escapar.

Cuando los miembros de la Organización se presentaron en la casa de Salta, Cacho ya había tomado otra ruta llevándose a Ana con él para desesperación de todos, lejos de las redes que se entretejían para atraparlo.

Fernández seguía dando detalles del operativo pero ella ya no lo escuchaba porque tal vez a manera de defensa ocupó su mente en Miguel Martínez, se preguntó que había sido de él, tal vez algún día comenzara a buscarlo a él también, después de encontrar a Ana... En medio de tanta ciénaga que la arrastraba hacia abajo para ahogarla en su propio dolor lo recordó, lo extrañó y casi pudo percibir su aroma a verbenas silvestres, en segundos evocó la calidez de sus manos que la envolvían en una ternura indescriptible, el sabor de los labios jugosos como las fresas maduras con la pulpa a punto para comer. Miguel Martínez tenía el cuerpo más maravilloso que ella había conocido, tal vez porque lo amaba, entonces sus defectos eran invisibles a sus ojos de mujer enamorada, ese cuerpo que la había llenado de vida, infundiéndole las energías de la pasión, pasión desconocida para ella donde el sexo era una cuestión de números. Le abrió las puertas de un universo nuevo, donde se despertaron sentimientos dormidos, sentimientos que ella no sabía que poseía en su haber de mujer. ¿Qué sería de Miguel Martínez?, ¿dónde y con quién estaría?, ¿acaso se acordaría de ella?. Necesitaba saber que le importó a alguien, más allá de las Hermanas que amaban a todo el mundo. Miguel Martínez, su único amor en el camino le había durado tan poco, sólo un soplo cálido en medio del invierno helado de su existencialidad.

La Hermana Margarita la sacó de sí misma al tomarla del brazo...

- Eva, que te parece si nos cruzamos junto a Fernández para tomarnos un café, me temo que le estoy tomando el gustillo al barcito del frente, en una de esas después empiezo a venir sola, lo primero que van a decir es que la monja vieja se volvió loca...

Se adelantaron a Fernández que se quedó haciendo un informe a entregar urgente, seguramente relacionado con Ana, pero a esas alturas de los acontecimientos ninguna de las dos preguntó nada, estaban demasiado cansadas y preocupadas. La Hermana se sentó en una mesa que daba a la calle para así por unos minutos poder observar el ir y venir de la gente por el lugar que por tener la característica de ser céntrico permitía una visión detallada de los provincianos que concurrían a Capital, seguramente para hacer compras, visitar algún pariente o en búsqueda de trabajo. La mayoría estaba acompañado de un bolso de viaje, sinónimo de compras para consumo personal o para abastecer las estanterías de un negocio en su lugar de origen. Todos los caminos conducían a la Capital, ya sea por cuestiones comerciales, laborales o incluso los relacionados con la justicia, porque los procedimientos importantes se orquestaban desde ahí, a pesar que el destino de los mismos fuera en el punto más austral, Dios está en todas partes pero atiende en la capital...

Fernández las alcanzó con lo justo para pedir los tres cafés, acompañados de algunas galletitas, se sentó frente a la monjita, al lado de ella, de manera tal que algunas veces su rostro le quedaba de perfil.

- Eva... Hermana... estamos haciendo todo lo posible para encontrar a Ana, pero en la desesperación de la búsqueda, nos encontramos con unos datos que estamos confirmando de una casa en Bolivia, donde dicen que conocieron a una Alejandra, pelirroja y de Tierra del Fuego. La pobre intentó escapar, con tan mala suerte que le dispararon por la espalda y le acertaron en la médula, la dejaron tirada para que muriera pero una viejecita se apiadó y la llevó a un hospital cercano, donde los médicos con sus escasos recursos sólo pudieron extraer el proyectil...

Las dos se quedaron en silencio ante la novedad, sin saber que decir pero cuando Fernández se dispuso a tomarse un tiempo para el café, la Hermana lo interrumpió.

- Por favor siga, que la ansiedad nos está carcomiendo las entrañas...

- Bien Hermana, pero vuelvo a insistir que estamos corroborando información. De todas maneras les sigo contando que la Alejandra citada se recuperó pero quedó en silla de ruedas, con las piernas inmóviles, lo que hizo que la gente del ambiente la dejara tranquila, tal vez la desgracia le salvó la vida porque nadie escapa de esa casa de Bolivia. Ahora está parando con la viejita, quién la cuida permanentemente como a una hija. Un enviado de la Organización está llegando al lugar en estos momentos, es decir que mañana puedo aportarles más detalles.

- Disculpenos Señor Fernández, pero ni Eva ni yo cabemos en el asombro, demás está decirle que hace tiempo que perdimos las esperanzas de encontrar a Alejandra con vida, nunca más recibimos noticias tuyas, ni una miserable carta que tal vez la pobre desgraciada escribió y alguien encendió con un fósforo de odio.

Créame que si Eva y yo dormimos poquillo, con estas novedades dormirnos va a ser una odisea. Si a usted le parece preferimos retirarnos y encontrarnos mañana para que nos cuente más del asunto. ¿De acuerdo Eva, te parece?...

Muda ante la noticia, sin capacidad para pensar en la sorpresa de que Alejandra estuviera viva, tal vez como siempre se ufana en repetir Margarita, los milagros existían y un ángel disfrazado de vieja la socorrió. De todas maneras sólo era una posibilidad, había que

esperar... Fernández se levantó para acompañarlas a tomar un taxi , haciendo honor de su dechado de cortesía, comprometiéndose a agotar todos los medios para tener novedades en la mañana.

El taxi arribó enseguida, seguramente por ser un horario tranquilo y las condujo rápidamente hasta la pensión, envueltas en un silencio que aturdí, sin capacidad para decir, para armar frases. Al llegar, Margarita le pagó mientras ella se dedicó a seguir con la cotidianeidad de abrir la puerta del hogar transitorio y disponerse a preparar una sopa rápida para cenar ambas.

Tenía miedo de ilusionarse, aunque ante tanta desesperanza creer en lo posible le haría bien a su maltratada humanidad . Lo mismo le pasó a Margarita, que se sentó con el mate con cáscaras de naranjas para balbucear unas palabras ...

- Evita querida, mira en qué estamos metidas, ¡Qué vamos a dormir, si Alejandra puede estar viva! Si quieres puedes recostarte en el sofá, que yo me voy a quedar orando... tal vez el Señor se apiade de nosotras y el rumor sea verdad. Recuéstate Eva que tu cansancio viene de años y es mucho más inmenso que el mío...

CAPÍTULO VII

La noche fue eterna como tantas otras y a la mañana decidieron tomar el ómnibus para llegar hasta la Organización. Las estaba esperando la rubia bonita para anunciarles que Fernández tenía un café listo para ofrecerles. Se apresuraron a llegar hasta su oficina con todas las ansiedades juntas en la garganta, temiendo lo peor , que no fuera Alejandra. Sin poder casi hablar lo saludaron sin bajar la mirada...

- Señoras, que placer verlas, sobre todo porque tengo muy buenas noticias para ustedes, no voy a ir con rodeos para confirmarles que la Alejandra de Bolivia es Alejandra González, es decir la pelirroja, la fueguina que tanto buscaron, en verdad no va a volver a caminar pero está viva y a pesar de que no está en las mejores condiciones va a estar bien... Hemos hecho todas las gestiones en aquel país para un traslado inmediato a Capital, lo único que nos preocupa es que la viejita que la salvó no tiene familiares y se ha encariñado con ella , a tal punto que la quiere como una hija, por eso estamos viendo la manera de traerla con ella. Nuestro trabajo es reunir a personas extraviadas, no separar ni causar más dolor a las víctimas. Estimamos que a más tardar en tres días estarían con nosotros...

Observó a Margarita que estaba como ella contando lágrimas de a una para no soltarlas todas juntas e inundar el lugar, de la emoción no sabían que hacer, si abrazar a Fernández, si besarlo, no había manera de agradecerle a él y a toda la Organización. Por su esfuerzo era posible vislumbrar un pedacito de luz entre tanta oscuridad, alinearse detrás de una columna de esperanzas y aunque seguían buscando a Ana, la situación les daba fuerzas para sostenerse en la búsqueda...

- Señor Fernández, usted ha visto que tanto Eva como yo no podemos salir del asombro, si bien nos había advertido de la posibilidad de que fuese nuestra Alejandra, estamos tan acostumbradas a la decepción que no lo podemos creer... no tenemos palabras para agradecerle lo que usted y su Organización están haciendo por personas desesperadas como nosotras. Es decir que vamos a empezar a prepararnos para recibir a Alejandra y su hada madrina que van a necesitar nuestra ayuda...

- Hermana no quiero interrumpirla, ni ser irrespetuoso pero ya nos contactamos con uno de nuestros hogares-refugio para alojarlas el tiempo que consideren pertinente, es más estamos

considerando un posible enlace con el Ministerio para que les otorgue una vivienda y un subsidio para su subsistencia, en fin, hacemos todo lo que está a nuestro alcance...

- Señor Fernández, disculpe que lo molestemos en demasía , pero antes de retirarnos para dejarlo trabajar en la investigación, quiero preguntarle en nombre de las dos si tiene alguna otra noticia de Ana...

Ana... Ana... las alegrías de encontrar a Alejandra con vida hizo que por momentos las heridas no sangraran a caudales, que los ríos del alma no se salieran de sus cauces para desbordarse, que el dolor no hincara con tanta precisión cada centímetro del pecho.

Fernández les comentó que luego de la casa de Salta, Cacho había huido con la niña a Paraguay, estaban convencidos de ello por la información recolectada en la zona de frontera, esta decisión como todas las que tomaba Cacho, se caracterizaba por ser perfectamente estudiada y analizada. El hombre sabía en todo momento que en Paraguay el rastreo del paradero se tornaría casi imposible pero desconocía que la Organización en ese país trabajaba en red con otra O.N.G., cuyos objetivos fundacionales eran semejantes. Los datos de los informantes conducían a Tacuiba, un pueblito con menos de un millar de habitantes, lugar de residencia de un conocido narco que tenía toda su familia alojada en los alrededores. Las autoridades locales incapaces de molestarlo, informaron que el lugar estaba protegido por la selva impenetrable y por decenas de guardaespaldas. Con un acceso tan imposible de sortear, resultaba el escondite ideal para Cacho, inclusive con la opción de regresar al país, a continuar con sus negocios, dejando a la niña al cuidado de la familia del traficante.

Fernández continuó explicando que un miembro de la O.N.G. hermana, estaba intentando infiltrarse en la casa para verificar si Ana se encontraba allí, cuestión ésta muy probable por el devenir de los acontecimientos... de todas formas si la niña estaba escondida en el lugar , iba a ser muy difícil recuperarla ...

- Señor Fernández, le agradecemos todo lo que está haciendo por nosotras...

Margarita hablaba y ella no podía salir del enmudecimiento de las emociones, no le quedaban palabras para pronunciar ni frases para susurrar. Las alegrías de encontrar a Alejandra y los horrores de no poder hallar a Ana, los miedos de ilusionarse en vano, por eso escuchó a Fernández a medias, defendiéndose de sus debilidades, de sus ansias .

Se levantó primero que Margarita y después de despedirse de Fernández se dirigió a la puerta como buscando unos instantes de soledad para elaborar los pensamientos, con la necesidad de fijar la brújula hacia el horizonte de las esperanzas, porque todas las ideas posibles se le cruzaron por los laberintos de la mente. Y si la vida le estaba canjeando Alejandra por Ana y si no la podían sacar de Paraguay ... cruzaría todas las fronteras a pie de ser necesario, trazaría un sendero en medio de la selva virgen, pero la encontraría, porque nada tenía sentido sin Ana...

- Eva, vamos mujer que nos espera el taxi, mañana volvemos un poco más descansadas si el Señor así lo quiere.

Un viaje rápido, sin complicaciones, en el cual el conductor tomó una de las avenidas principales y continuó por varias decenas de cuadras, sin evitar semáforos. Margarita a diferencia de otras veces se quejó un poco del cansancio, sus huesos estaban un poco apolillados para semejante ritmo de reuniones e informaciones, su espalda se estaba doblando ante las emociones y la pila de rezos ya no lograba sostenerla erguida como ella quería. Temía por Margarita, tal vez era egoísta en los sentimientos, pero la monjita era la columna donde asirse y aunque nunca se lo decía, después de Ana era la persona más amada. La necesitaba tanto que se acercó para ayudarle a bajarse del taxi y llevarla del brazo hacia adentro. Tuvo la sensación que ella entendía sin palabras, que después de tantos

años de lidiar con el dolor de los demás, la viejita entendía sin palabras, con unos gestos aislados lo comprendía todo.

Se acostaron enseguida después de cenar para amanecer un poco más descansadas pero...entre sueños vio a Ana sentada en el banco de la plaza del pueblito del sur, esperándola, con la sonrisa pícaro llenándole la cara. También entre sueños le pareció escuchar el sonido del teléfono, pero no pudo reaccionar hasta que la voz de Margarita se hizo real.

- Eva tienes que vestirme por favor, mientras lo haces preparo café...

Comenzó a abrigarse de prisa hasta que enfocó su humanidad hacia el rostro de la monjita y se percató del agobio de tanta pena, de tanto dolor en un segundo. No necesitó palabras para comprender, el llamado, el horario ...

- Eva, Fernández dice que Cacho intentaba huir con la niña... entonces el auto se desbarrancó en una curva , no pudieron hacer nada ...

CAPÍTULO VIII

Es invierno, hace tanto frío que afuera los árboles tiemblan en su desnudez, mientras los vehículos se amotinan en el semáforo observando con impaciencia el cruce apresurado de

los peatones. La escena se repite una y otra vez de manera interrumpida, por ahí solo cambian las personas que interpretan el papel.

Me apuro a endulzar el café antes que se enfríe demasiado, tuve la intención de tomar los dos sobres de edulcorante pero como hoy creo poder hacerle trampas a la vida, elijo azúcar, en una de esas mi glucosa está distraída y no se percata del cambio. Y me detengo a observar a esa mujer que tanto admiro, aunque ni lo sabe ni lo creería siquiera. Está impecable, con su camisa blanca, su pantalón azul marino y el sweter al tono sobre los hombros, hasta se tomó el trabajo de combinar el reloj y unos accesorios plateados, si por esas cuestiones de la vida que no manejo ni creo entender, ella hubiera tenido una sola oportunidad de dar los naipes, cualquiera la confundiría con una empleada de banco o empresaria o lo que fuese que eligiera ser. Se trata de eso, de tener la oportunidad de elegir, los que la poseemos nos pasamos la existencia renegando por tonteras, cuando en realidad nuestro mayor tesoro radica en ser libres para decidir hacia dónde encaminamos la quilla del barco...

No me atrevo a preguntarle si sabe noticias de Margarita, cada nuevo encuentro temo que me confirme lo peor, que la viejecita se rindió y decidió aceptar el pase para el descanso eterno, bien merecido por supuesto...

El silencio nos hace bien a las dos, después de tantos años, tememos romperlo inútilmente para decir frases sin sentido, nos conocemos demasiado para entendernos así, con un clima de ausencia de sonidos, hasta que ella necesita hablar.

- Mire Ali... yo sé que usted va a intentar convencerme como otras veces... ¡Pero yo sigo buscando!..

- Mi querida Eva... hay verdades que son más terribles que las mentiras pero es lo que hay... ¡Ella no va a volver!...

- Ali, sólo vi un cajón cerrado, sellado por todos lados, donde dijeron que estaba mi Ana... Pero no me la mostraron, no me la dejaron ver...

- Eva... en todo accidente se cierra el féretro ... creo que es el procedimiento que ordena la ley.

- Pero Ali, yo no la vi, les pedí a gritos que me dejaran asegurarme que era ella, que no podría vivir con la duda, que solo quería despedirme, verla una última vez...

Se secó las lágrimas con un pañuelo descartable mientras tuve que hacer un esfuerzo terrible para no estallar en un llanto desbordado...

Van a seguir pasando los años por la ventana y nos vamos a seguir sentando a la misma mesa a tomar un café y se me hace que el guión va a conducirnos a la misma conversación.

Ella nunca va a dejar de buscar y yo siempre voy a estar esperándola... Intentando convencerla de que Ana ya no está, que no va a volver... Aunque tal vez la búsqueda es lo que la mantiene con vida y todos necesitamos seguir creyendo...

El invierno se cuela por la ventana, es más crudo que el anterior, me pregunto como será el próximo cuando nos reunamos nuevamente... El frío y los recuerdos nos ovillan el alma y quedamos envueltas en el silencio...

FIN

Para contactarse con la autora:
vinculosenredlibros@gmail.com

Se terminó de imprimir en
Servicios Gráficos EdicionesCC
Córdoba 419, 5903 Villa Nueva
Tel/fax: (0353) 4912450
E-mail: oficina@edicionescc.com
www.edicionescc.com
Abril de 2008
Tirada: 200 ejemplares